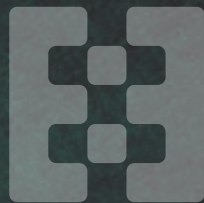


ROD DREHER

VIVIR SIN MENTIRAS

MANUAL
PARA LA
DISIDENCIA
CRISTIANA



Vivir sin mentiras

Rod Dreher

Vivir sin mentiras

Manual para la disidencia cristiana

Traducción de Consuelo del Val



Título en idioma original: *Live not by lies: A manual for christian dissidents*

© De la edición original: Rod Dreher, 2020

© Ediciones Encuentro S. A., Madrid 2021

© Ilustración de cubierta: Jennifer Heuer

Traducción de Consuelo del Val

Esta edición se publica por acuerdo con la Agencia Literaria David Black a través de International Editors 'Co.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, nº 80

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

ISBN PDF: 978-84-1339-730-6

Depósito Legal: M-6540-2021

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

Introducción.....	9
PRIMERA PARTE. UN ACERCAMIENTO AL TOTALITARISMO BLANDO	17
I. El profeta Kolaković.....	19
II. La cultura pretotalitaria	35
III. El progresismo como religión	61
IV. Capitalismo, <i>woke</i> y vigilante.....	83
SEGUNDA PARTE. CÓMO VIVIR EN LA VERDAD	109
V. No valores nada más que la verdad	111
VI. El cultivo de la memoria cultural	123
VII. Las familias son células de resistencia	139
VIII. La religión, base de la resistencia.....	159
IX. Resistiendo en solidaridad	171
X. El don del sufrimiento	187

Conclusión	209
Agradecimientos	215
Índice de términos	219

En recuerdo del padre Tomislav Kolaković (1906-1990)

INTRODUCCIÓN

Siempre está la creencia falaz de que: «aquí no podría pasar lo mismo; aquí es imposible que pasen esas cosas». Ay, el mal del siglo veinte se puede dar en cualquier sitio de la tierra.

Aleksandr Solzhenitsyn¹

En 1989 cayó el Muro de Berlín y con él el totalitarismo soviético. Atrás quedó el Estado policial comunista que había esclavizado a Rusia y a la mitad de Europa. La Guerra Fría que había dominado la segunda mitad del siglo XX llegó a su fin. La democracia y el capitalismo florecieron en las naciones que antes estaban bajo su yugo. La era del totalitarismo cayó en el olvido, para nunca más representar una amenaza para la humanidad.

O eso dicen. Yo, como la mayoría de los americanos, creía que el peligro del totalitarismo era agua pasada. Hasta que en la primavera de 2015 recibí una llamada de un desconocido que parecía alterado.

La persona que tenía al otro lado del teléfono era un eminente médico estadounidense. Me decía que su anciana madre, una inmigrante checoslovaca en Estados Unidos, había pasado seis años de su juventud como prisionera política en su tierra natal. Ella había formado parte de la resistencia católica anticomunista. Ahora, a sus más de noventa años, la anciana vive con su hijo y su

¹ Solzhenitsyn, Aleksandr, *The Gulag Archipelago* (1918-1956), cita extraída de la introducción del autor a la edición inglesa resumida por Edward E. Ericson Jr. Trad. Thomas P. Whitney y Harry Willetts, Perennial, Nueva York, 1983, sin numerar. Ndt: Traducción propia, ya que fue imposible conseguir una edición en español que incluyese esa introducción del autor.

familia, y ha contado recientemente a su hijo estadounidense que los acontecimientos de los que son testigos ahora en este país le recuerdan la época en la que el comunismo desembarcó por primera vez en Checoslovaquia. ¿Qué desató su preocupación? Noticias sobre el histérico linchamiento colectivo en redes sociales a una pizzería de un pequeño pueblo de Indiana cuyos propietarios, cristianos evangélicos, dijeron a un periodista que no servirían el encargo de una boda entre personas del mismo sexo. Tan abrumadoras fueron las amenazas de muerte y a su propiedad —incluyendo las de un usuario de la plataforma Twitter, que twitteó un llamamiento a quemar la pizzería— que los dueños del restaurante echaron el cierre por un tiempo. Mientras tanto, las élites liberales, especialmente en los medios de comunicación, normalmente tan atentas al peligro de que las turbas amenacen la vida y el sustento de las minorías, no se preocuparon por el asalto a la pizzería, que se produjo en el contexto del más amplio debate sobre la colisión entre los derechos de los homosexuales y la libertad religiosa.

El médico nacido en Estados Unidos dijo que había escuchado a sus padres inmigrantes advertirle sobre los peligros del totalitarismo durante toda su vida. No se había preocupado; después de todo, estamos en Estados Unidos, la tierra de la libertad, de los derechos individuales, una nación bajo Dios y el imperio de la ley. Estados Unidos nació de la búsqueda de la libertad religiosa y siempre se había sentido orgulloso de la Primera Enmienda de la Constitución de los Estados Unidos que la garantizaba. Pero ahora algo de lo que estaba sucediendo en Indiana le hizo plantearse *si su madre tendría razón*.

Es fácil tomarse este tipo de cosas a risa. Muchos de los que tenemos padres ya mayores estamos acostumbrados a tener que convencerles para que no se tiren desde un cuarto piso, por así decirlo, después de que el telediario avivara su miedo y ansiedad ante el mundo que se abre más allá del umbral de su puerta. Supuse que probablemente este era el caso de la anciana checa.

Pero había algo que me desconcertaba en la tensión que sentía en la voz del médico y en el hecho de que se hubiera sentido

obligado a ponerse en contacto con un periodista que ni siquiera conocía, diciéndome, además, que sería demasiado peligroso para mí mencionar su nombre si escribía sobre él. Empecé a preguntarme lo que él mismo se preguntaba: ¿qué pasa si la vieja checa ve algo que el resto de nosotros no vemos? ¿Qué pasa si realmente nos encontramos ante un giro hacia el totalitarismo en las democracias liberales occidentales y no podemos verlo porque toma una forma diferente a la de antaño?

Durante los años siguientes, hablé con muchos hombres y mujeres que alguna vez habían vivido bajo el comunismo. Les pregunté qué pensaban de la declaración de la anciana. ¿Pensaban también que la vida en Estados Unidos se dirige hacia algún tipo de totalitarismo?

Todos dijeron que *sí*, a menudo de manera enfática. Mi pregunta les sorprendió en muchos casos porque consideran que la ingenuidad de los americanos en este tema no tiene remedio. Al hablar extensamente con algunos de los emigrantes que buscaron refugio en Estados Unidos, descubrí que están realmente enfadados porque sus compatriotas estadounidenses no reconocen lo que está sucediendo.

¿Qué hace que la situación que emerge en Occidente sea similar a aquella de la que huyeron? Después de todo, toda sociedad tiene reglas, tabúes y mecanismos para hacerlos cumplir. Lo que desconcierta a quienes vivieron bajo el comunismo soviético es esta similitud: las élites y las instituciones de élite están abandonando un liberalismo anticuado, basado en la defensa de los derechos del individuo, para reemplazarlo por un credo progresista que considera la justicia en términos de grupos. Anima a las personas a identificarse con grupos —étnicos, sexuales y de otros tipos— y a pensar en el Bien y el Mal como una cuestión de dinámica de poder entre los grupos. Lo que impulsa a estos progresistas es una visión utópica, una que les mueve a tratar de reescribir la historia y reinventar el lenguaje para reflejar sus ideales de justicia social.

Además, estos progresistas utópicos están cambiando constantemente los estándares de las ideas, del discurso y del

comportamiento. Uno nunca puede saber con seguridad cuándo los que ostentan el poder le van a perseguir como a un villano por haber dicho o hecho algo que estaba perfectamente bien el día anterior. Y las consecuencias de violar los nuevos tabúes son extremas, e incluyen perder el modo que tienes de ganarte la vida y arruinar tu reputación para siempre.

Hay gente que se está convirtiendo instantáneamente en paria por haber expresado una opinión políticamente incorrecta o haber provocado de alguna u otra forma a una turba progresista, que amplifica su chivo expiatorio a través de las redes sociales y los medios de comunicación convencionales. Bajo el disfraz de «diversidad», «inclusión», «equidad» y otras jergas igualitarias, la izquierda crea poderosos mecanismos de control del pensamiento y del discurso y margina a los disidentes tachándolos de malvados.

Para los estadounidenses que nunca han vivido este tipo de aturdimiento ideológico, es muy difícil reconocer lo que está sucediendo. Sin duda, sea lo que sea, no es un calco de cómo era la vida en las naciones del bloque soviético, con su policía secreta, sus gulags, su estricta censura y su privación material. Ese es precisamente el problema, advierten estos emigrantes. El hecho de que, en relación con las condiciones del bloque soviético, la vida en Occidente siga siendo tan libre y tan próspera es lo que ciega a los estadounidenses ante la creciente amenaza a la que se ve sometida nuestra libertad. Eso, y la forma en que los que nos privan de libertad lo formulan en un discurso de liberación de las víctimas de la opresión.

«Nací y crecí en la Unión Soviética, y me tiene francamente sorprendido lo que se parecen algunos de estos acontecimientos a la forma en que operaba la propaganda soviética», dice un profesor universitario que ahora vive en el Medio Oeste.

Otro profesor emigrado, este de Checoslovaquia, fue igual de directo. Me dijo que comenzó a notar el cambio hace alrededor de una década: sus amigos bajaban la voz y miraban de reojo quién tenían alrededor al expresar opiniones conservadoras. Cuando él manifestaba sus creencias conservadoras en un tono de voz normal,

los americanos comenzaban a inquietarse y analizaban cada punto de la sala para ver quién podría captar sus palabras.

«Crecí así», me dice, «pero se suponía que esto no pasaría aquí».

¿Qué *está pasando* aquí? El papa Benedicto XVI considera que la sociedad está cayendo presa de una militancia progresista —y profundamente anticristiana—. El papa Benedicto la describe como una «dictadura global de ideologías aparentemente humanistas» que empuja sin tregua a los disidentes a los márgenes de la sociedad. Benedicto llamó a esto una manifestación del «poder espiritual del Anticristo»². Este poder espiritual adquiere forma material en el gobierno y las instituciones privadas, en las corporaciones, en la academia y los medios de comunicación, y en las prácticas cambiantes de la vida cotidiana estadounidense. Cuenta con capacidades tecnológicas sin precedentes para vigilar la vida privada. Prácticamente no queda ningún lugar donde esconderse.

El viejo y duro totalitarismo tenía una visión del mundo que requería la erradicación del cristianismo. El nuevo totalitarismo blando también, y no estamos equipados para resistir su más taimado ataque.

Como sabemos, el comunismo era militantemente ateo y declaró la religión su enemiga mortal. Los soviéticos y sus aliados europeos asesinaron al clero y arrojaron a un número incontable de creyentes, tanto ordenados como laicos, a prisiones y campos de trabajo, donde muchos sufrieron tortura.

¿Y hoy? Occidente se ha vuelto poscristiano, y un gran número de los nacidos después de 1980 rechazan la fe religiosa. Esto significa que, no solo se opondrán a los cristianos cuando defendamos nuestros principios, en particular, en defensa de la familia tradicional, de los roles de género masculino y femenino y de la santidad de la vida humana, sino que ni siquiera entenderán por qué deben tolerar la disensión fundada en creencias religiosas.

² «In new biography, Pope Benedict XVI laments modern ‘anti-Christian creed’» [El papa Benedicto XVI lamenta el moderno «credo anticristiano» en una nueva biografía], National Catholic Register, 4 mayo, 2020, [ncregister.com/daily-news/in-new-biography-pope-benedict-xvi-laments-modern-anti-christian-creed](https://www.ncregister.com/daily-news/in-new-biography-pope-benedict-xvi-laments-modern-anti-christian-creed).

No podemos esperar hacer frente al totalitarismo suave que se avecina si no tenemos nuestras vidas espirituales en orden. Este es el mensaje de Aleksandr Solzhenitsyn, el gran disidente anticomunista, premio Nobel y cristiano ortodoxo. Creía que el núcleo de la crisis que creó y sostuvo el comunismo no era político sino espiritual.

Después de que la publicación de su *Archipiélago Gulag* expusiera la podredumbre del totalitarismo soviético y convirtiera a Solzhenitsyn en un héroe global, Moscú acabó expulsándole a Occidente. En vísperas de su exilio forzado, Solzhenitsyn publicó un mensaje final dirigido al pueblo ruso, que llevaba por título «¡Vivir sin mentiras!». En dicho ensayo, Solzhenitsyn lanzaba sus objeciones a la afirmación de que el sistema totalitario es tan poderoso que el hombre y la mujer ordinarios no pueden cambiarlo.

Tonterías, decía. El totalitarismo se basa en una ideología hecha de mentiras. La existencia del sistema depende del miedo que la gente tenga a desafiar esas mentiras. «Este debe ser el camino que tomemos: ¡Jamás apoyemos mentiras a sabiendas de estar haciéndolo!»³. Puede que no seas lo suficientemente fuerte como para plantarte en público y decir lo que realmente crees, pero al menos puedes negarte a afirmar lo que no crees. Quizás no puedas derrocar el totalitarismo, pero puedes encontrar dentro de ti y de tu comunidad los medios para vivir revestido con la dignidad de la verdad. Si no nos queda otra que vivir bajo la dictadura de la mentira, dijo el escritor, entonces nuestra respuesta debe ser: «¡Que su dominio no se aferre a mí!».

¿Qué significa para nosotros hoy vivir sin mentiras? Esa es la pregunta que este libro explora a través de entrevistas y testimonios de cristianos (y de otros) de todo el bloque soviético que vivieron el totalitarismo y que comparten las lecciones que aprendieron a través de una experiencia tan dura.

³ Solzhenitsyn, Aleksandr, «Live Not by Lies!» [¡Vivir sin mentiras!], en *The Solzhenitsyn reader. New and selected writings, 1947-2005*, eds. Edward E. Ericson Jr. y Daniel J. Mahoney, ISI Books, Wilmington, DE, 2009, p. 558. Traducción al español: prodavinci.com/vivir-sin-la-mentira/.

La primera parte de este libro sostiene que, a pesar de su permisividad superficial, la democracia liberal está degenerando en algo que se asemeja al totalitarismo sobre el que se impuso triunfalmente en la Guerra Fría. Explora las fuentes del totalitarismo, revelando los preocupantes paralelismos entre la sociedad contemporánea y las que dieron origen al totalitarismo del siglo XX. También examinaremos dos factores particulares que definen el creciente totalitarismo blando: la ideología de la «justicia social», que domina la academia y otras instituciones importantes, y la tecnología de vigilancia, que se ha vuelto omnipresente, no por decreto del gobierno, sino a través de la persuasión del capitalismo de consumo. Esta sección termina con una mirada al papel clave que jugaron los intelectuales en la Revolución bolchevique y por qué no podemos permitirnos reírnos de los excesos ideológicos de nuestra propia clase intelectual, tan políticamente correcta.

La segunda parte analiza en mayor detalle las formas, los métodos y las fuentes de resistencia a las mentiras del totalitarismo blando. ¿Por qué la religión y la esperanza que esta da se sitúan en el centro de la resistencia efectiva? ¿Qué tiene que ver la voluntad de sufrir con vivir en la verdad? ¿Por qué la familia es la célula de oposición más importante? ¿De qué manera proporciona el fiel compañerismo resistencia frente a la persecución? ¿Cómo podemos aprender a reconocer los falsos mensajes del totalitarismo y luchar contra su engaño?

¿Cómo lo superaron estos creyentes oprimidos? ¿Cómo se protegieron a sí mismos y cómo protegieron a sus familias? ¿Cómo mantuvieron la fe, la integridad, y hasta la cordura? ¿Por qué están tan ansiosos por el futuro de Occidente? ¿Somos capaces de escucharlos o seguiremos descansando tranquilos en la ilusión de que no puede acontecer aquí?

Una inmigrante de origen soviético que enseña en una universidad de lo más profundo del corazón de los Estados Unidos enfatiza la urgencia de que los estadounidenses se tomen en serio a personas como ella.

«Uno no puede anticipar de qué le van a acusar mañana», advierte. «No tienes idea de qué cosa completamente normal que haces o dices hoy van a usar en tu contra para destruirte. Esto es lo que se vivió en la Unión Soviética. Sabemos cómo funciona esto».

Por otro lado, mi amigo el inmigrante checo me aconsejó que no perdiera el tiempo escribiendo este libro.

«La gente tendrá que experimentarlo primero en sus carnes para entenderlo», dice cínicamente. «Cada vez que trato de explicar a mis amigos o conocidos los acontecimientos actuales y lo que estos entrañan, me enfrento a ojos en blanco o a absolutos disparates».

Quizás tenga razón. Pero escribí este libro para demostrar que estaba equivocado, por el bien de sus hijos y de los míos.

PRIMERA PARTE

UN ACERCAMIENTO AL
TOTALITARISMO BLANDO

I. EL PROFETA KOLAKOVIĆ

Hay veces en las que un desconocido que ve más allá y con más claridad que la multitud lanza señales de alarma que nos avisan de los problemas que acechan. Estas historias a menudo resultan en que la gente no cree en el profeta y sufre a causa de su ceguera. Aquí, sin embargo, traigo el relato de un pueblo que escuchó sus advertencias, hizo lo que este le aconsejó y estaba listo cuando estalló la crisis.

En 1943, un sacerdote jesuita y activista antifascista llamado Tomislav Poglajen huyó de su Croacia natal con la Gestapo pisándole los talones y se estableció en Checoslovaquia. Para que los nazis no dieran con él, adoptó el apellido Kolaković —el de su madre, eslovaca— y se puso a trabajar como profesor en Bratislava, la capital de la región eslovaca, que se había convertido en un Estado independiente vasallo de Hitler. El sacerdote, de treinta y siete años de edad y con una espesa mata de cabello prematuramente canoso, había pasado parte de su formación sacerdotal estudiando la Unión Soviética. Creía que la derrota del totalitarismo nazi ocasionaría un gran conflicto entre el totalitarismo soviético y el Occidente liberal democrático. Aunque al padre Kolaković le preocupaban las amenazas a la vida cristiana y el testimonio del Occidente rico y materialista, le mantenían más en vela los peligros del comunismo, que consideraba muy certeramente una ideología imperialista.

Cuando el padre Kolaković llegó a Bratislava, estaba claro que el Ejército Rojo derrotaría a los alemanes en el este. De hecho, en 1944, el gobierno checo en el exilio —que también representaba a los eslovacos que se negaban a aceptar el Estado eslovaco nominalmente independiente— llegó a un acuerdo formal con Stalin, por el cual los soviéticos se comprometían a conceder la libertad a la nación reunificada una vez que los nazis hubieran sido expulsados.

El padre Kolaković sabía muy bien cómo pensaban los soviéticos y no se tragó tal mentira. Advirtió a los católicos eslovacos de que, cuando terminara la guerra, Checoslovaquia caería bajo el dominio de un gobierno títere soviético. Se dedicó a prepararlos para la persecución.

Los desprevenidos cristianos de Eslovaquia

El padre Kolaković sabía que el clericalismo y la pasividad del catolicismo tradicional eslovaco no supondrían rival para el comunismo. Por un lado, previó acertadamente que los comunistas intentarían controlar la Iglesia sometiendo al clero. Por otro lado, comprendió que las pruebas espirituales que aguardan a los creyentes bajo el comunismo les pondrían bajo una prueba extrema. El carismático sacerdote predicó que solo el firme compromiso de entregar la vida por completo a Cristo les permitiría resistir la prueba venidera.

«Entrégate por completo a Cristo, carga en sus anchas espaldas el peso de tus preocupaciones y deseos, y presenciarás milagros», dijo el sacerdote, según recuerda uno de sus discípulos¹.

Entregarse totalmente a Cristo no era ni una abstracción ni un pensamiento piadoso. Tenía que ser algo concreto y era preciso que fuera comunitario. La completa destrucción de la Primera Guerra Mundial hizo ver a los católicos más jóvenes lo necesaria

¹ Vaško, Václav, «Professor Kolaković. Myths and reality» [Profesor Kolaković. Mitos y realidad], cita extraída en el original con Google, Impulz n. 3, 2006, impulzrevue.sk/article.php? 135.

que era una nueva evangelización. Un sacerdote belga llamado Joseph Cardijn, cuyo padre había muerto en un accidente minero, inició un movimiento laico para hacer esto entre la clase trabajadora. Se trata de la Juventud Obrera Cristiana, llamados también «jocistas» por las iniciales de su nombre en francés. Inspirado por el ejemplo jocista, el padre Kolaković lo adaptó a las necesidades de la Iglesia católica en la Eslovaquia ocupada por los alemanes. Estableció células de fieles jóvenes católicos que se reunían para orar, estudiar y pasar tiempo en comunidad.

El sacerdote refugiado enseñaba a los jóvenes creyentes eslovacos que toda persona debe responder ante Dios por sus acciones. Subrayaba que la libertad es responsabilidad: es un medio para vivir dentro de la verdad. El lema de los jocistas se convirtió en el lema de lo que el padre Kolakovic llamó su «Familia»: «Ver. Juzgar. Actuar». *Ver* significaba estar atento a las realidades que te rodean. *Juzgar* era un llamamiento a discernir con seriedad el significado de esas realidades a la luz de lo que sabes que es verdad, especialmente de la doctrina de la fe cristiana. Cuando llegues a una conclusión, *actúa* para resistir el mal.

Václav Vaško, un seguidor de Kolaković, recordaba al final de su vida que el ministerio del padre Kolaković emocionaba a tantos jóvenes católicos porque daba fuerza a los laicos y les proporcionaba asimismo un sentido de responsabilidad de líderes.

«Es extraordinario cómo Kolaković consiguió crear casi instantáneamente una comunidad basada en la confianza y la amistad mutua de un grupo diverso de personas (sacerdotes, religiosos y laicos de diferentes edades, educación y madurez espiritual)», escribió Vaško.

Los grupos de Familia se reunían al principio para estudiar la Biblia y orar, pero pronto comenzaron a escuchar las charlas sobre filosofía, sociología y temas intelectuales del padre Kolaković. El sacerdote también preparaba a sus jóvenes seguidores para trabajar en secreto y resistir el interrogatorio que, decía, seguramente no tardaría en llegar.

La Familia se expandió rápidamente en pequeños grupos repartidos por todo el país. «Al final del año escolar de 1944», decía

Vaško, «habría sido difícil encontrar una facultad o una escuela secundaria en Bratislava o en ciudades más grandes en la que no operaran nuestros círculos».

En 1946, las autoridades checas deportaron al sacerdote activista. Dos años después, los comunistas tomaron el poder, tal como lo había predicho el padre Kolaković. En los años siguientes, casi toda la Familia había ido a parar a la cárcel y la Iglesia institucional checoslovaca fue sometida a base de vejaciones. Pero cuando los miembros de la Familia salieron de prisión en 1960, comenzaron a hacer lo que les había enseñado su padre espiritual. Los dos principales lugartenientes del padre Kolaković, el médico Silvester Krčméry y el sacerdote Vladimír Jukl, establecieron discretamente círculos cristianos en todo el país y comenzaron a erigir la Iglesia clandestina.

Esta Iglesia clandestina, dirigida por los hijos y nietos espirituales del visionario clérigo, se convirtió en el principal canal de disensión anticomunista durante los siguientes cuarenta años. Fueron ellos quienes organizaron una manifestación pública masiva en 1988 en Bratislava, la capital eslovaca, exigiendo libertad religiosa. La Manifestación de las Velas fue la primera gran protesta contra el Estado. Fue el pistoletazo de salida de la Revolución de Terciopelo, que derrocaría al régimen comunista un año después. Aunque los cristianos eslovacos estaban entre los más perseguidos del bloque soviético, la Iglesia católica prosperó en la resistencia porque un hombre vio lo que se avecinaba y preparó a su pueblo.

El nuevo totalitarismo

¿Por qué el padre Kolaković sabía lo que les esperaba a los centroeuropeos? No tenía un don sobrenatural, al menos que sepamos. Simplemente había estudiado el comunismo soviético a conciencia para prepararse para el trabajo misionero en Rusia y comprendía cómo pensaban y cómo se comportaban los soviéticos. Supo leer los signos geopolíticos de los tiempos. Y como sacerdote que había estado organizando la resistencia católica a la

versión nazi del totalitarismo, tenía experiencia sobre el campo de batalla con el combate clandestino que libraba contra una monstruosa ideología.

Los supervivientes del comunismo soviético son, hoy, a su manera, nuestros *kolakoviés*, al advertirnos de un totalitarismo inminente, una forma de gobierno que combina el autoritarismo político con una ideología que busca controlar todos los aspectos de nuestra vida. Este totalitarismo no se parecerá al de la URSS. No se está estableciendo a través de medios «duros», como la revolución armada o imponiéndose con gulags. Más bien, ejerce el control, al menos al principio, de forma suave. Este totalitarismo es terapéutico. Enmascara su odio hacia los disidentes de su utópica ideología con el pretexto de ayudar y sanar.

Para comprender la amenaza del totalitarismo, es importante comprender la diferencia entre este y el simple autoritarismo. El autoritarismo es lo que se tiene cuando el Estado monopoliza el control político. Eso es mera dictadura —mala, ciertamente—, pero el totalitarismo es mucho peor. Según Hannah Arendt, la principal estudiosa del totalitarismo, una sociedad totalitaria es aquella en la que una ideología busca desplazar todas las tradiciones e instituciones anteriores, con el objetivo de poner todos los aspectos de la sociedad bajo el control de esa ideología. Un Estado totalitario es aquel que aspira nada menos que a definir y controlar la realidad. La verdad es lo que los gobernantes deciden que es. Como ha escrito Arendt, dondequiera que haya gobernado el totalitarismo, «Este ha comenzado a destruir la esencia del hombre»².

Como parte de su pugna por definir la realidad, un Estado totalitario busca no solo controlar las acciones, sino también los pensamientos y las emociones. El súbdito ideal de un Estado totalitario es alguien que ha aprendido a amar al Gran Hermano.

² Arendt, Hannah, *The origins of Totalitarianism*, Harcourt, Nueva York, 1973, viii. Ed. esp.: *Los orígenes del totalitarismo*, trad. Guillermo Solana Díez, Alianza, 2006.

En la era soviética, el totalitarismo exigía profesar amor al Partido y el Estado imponía el cumplimiento de las demandas del Partido. El totalitarismo actual exige lealtad a un conjunto de creencias progresistas, muchas de las cuales son incompatibles con la lógica, y ciertamente con el cristianismo. El cumplimiento es forzado menos por el Estado que por las élites que forman la opinión pública y por las corporaciones privadas que, gracias a la tecnología, controlan nuestras vidas mucho más de lo que nos gustaría admitir.

Hoy en día, muchos conservadores no captan la gravedad de esta amenaza y la tildan de mera «corrección política», un término despectivo que la generación anterior usaba para referirse al *wokeness*³. Es fácil tachar de histéricas a personas como el ex profesor soviético si crees que lo que está sucediendo hoy en día no es más que el regreso de los dislates de los campus universitarios de izquierda de la década de 1990. Por aquel entonces, la respuesta general del conservadurismo fue bastante desdeñosa. *Ya verás cuando estos niños de papá se den de bruces con el mundo real y tengan que encontrar trabajo.*

Bueno, pues lo hicieron, y llevaron el campus a la América corporativa, a la práctica legal y al ejercicio de la medicina, a los medios de comunicación, a las escuelas primarias y secundarias y a otras instituciones de la vida estadounidense. En esta revolución cultural, que se intensificó en la primavera y el verano de 2020, están intentando convertir a todo el país en un campus universitario *woke*.

En las sociedades de hoy, los disidentes de la línea del partido *woke* ven cómo destrozan sus negocios, sus trayectorias y su reputación. Les expulsan de la plaza pública, les estigmatizan, les «cancelan»⁴ y les demonizan tachándolos de racistas, sexistas, homófobos

³ Ndt. El adjetivo *woke* («despierto») y el sustantivo *wokeness* se aplican en contextos informales a aquellas personas que dicen ser conscientes de actuales problemas sociales —especialmente la justicia social y asuntos raciales— y buscan «despertar» al resto de la sociedad.

⁴ Ndt. «*To cancel someone*» es dejar de apoyar a una persona (normalmente una figura pública) o una empresa tras haber dicho o hecho algo que se considera cuestionable u ofensivo. Suele conllevar la búsqueda de la condena al ostracismo del individuo y el boicot de la actividad comercial de la compañía.